Cristo y la Iglesia, fuente de gracias especiales concedidas por Dios para alcanzar los altos fines de la familia; el amor de los esposos es noble y santo, y sagrada la unión entre ellos; el cuidado de los hijos es un deber estricto, en cuyo cumplimiento, sin embargo, se hallan grandes consuelos y méritos; el padre es el representante de Dios y tiene derecho al amor de su esposa y al obsequio y reverencia de sus hijos; éstos no son tanto para la familia y para la sociedad como para Dios: inclinarlos á la piedad, llevarlos á Dios es el primero de los deberes de un padre; descuidar la educación cristiana, el mayor delito.

¡Con qué santo empeño enseñaban los Padres de la Iglesia estas divinas lecciones sobre el matrimonio! «Difícilmente hallaría palabras, decía Tertuliano[1], que expresen bien toda la excelencia y felicidad de los matrimonios cristianos. La Iglesia forma estos lazos; la ofrenda del augusto sacrificio los confirma; la bendición del sacerdote les pone el sello; los ángeles son los testigos y el Padre celestial los ratifica.» «¡Cuán admirable es, dice San Juan Crisóstomo[2], ver á los esposos frecuentar juntos la casa del Padre celestial, fuente de bendiciones! Ved cómo salen de allí: el marido más respetable á los ojos de su mujer, y ésta, más amable al corazón de su marido, porque lo que constituye las gracias del otro sexo no es la hermosura exterior, sino la del alma. La belleza no consiste ni en los adornos del arte, ni en la riqueza y elegancia de las galas, sino en la castidad, la fidelidad rigorosa para cumplir los propios deberes y el temor de Dios nunca desmentido; belleza espiritual que no teme ni los estragos del tiempo ni los funestos resultados de las enfermedades.»

Pero sobre todo, lo que más inculcaban á los padres de familia era la obligación de educar cristianamente á sus

[1] Ad Uxorem lib. II, c. 9. [2] Hom. in Paracl.



hijos y no se cansaban de recordarles que el fin del matrimonio no es sólo formar miembros aptos para la sociedad, sino santos para Dios. «La familia, según San Agustín[1], es una iglesia particular en la que los padres son los sacerdotes y los hijos los fieles.» «Pensad, dice á los padres de familia San Jerónimo[2], pensad en los deberes sagrados que os impone el precioso depósito que os está encomendado: ved de qué modo debe ser educada un alma que ha de ser el templo de Dios. Las primeras palabras y los primeros pensamientos del niño deben consagrarse á la piedad. La alegría de una madre cristiana será oir á su hijo pronunciar con débil voz y lengua balbuciente el dulce nombre de Jesús y ensayar en piadosos cánticos los sonidos mal articulados de aquella lengua.» «Empezad, agrega San Juan Crisóstomo[3], por imprimir en el alma de vuestros hijos los principios de la verdadera sabiduría. Sed menos solícitos en enseñarles el arte de hablar bien que el de bien vivir. Ordenad sus obras más que sus palabras: por aquellas llegamos á la fuente de todos los bienes, el reino de los cielos. No es que repruebe yo las ciencias de la tierra; pero no quiero que se miren como el negocio más importante de la vida.»

Con estos santos principios y con el recuerdo constante de la Santa Familia de Nazaret se formó la familia verdaderamente cristiana. ¡Qué profundo contraste se manifestó entre ésta y la familia pagana, cuando se encontraron frente á frente en los primeros siglos del cristianismo! En la familia antigua reinaban la disolución, el libertinaje y el continuo choque de voluntades contrarias; en la nueva, la castidad conyugal, el amor santo, la unión íntima: en aquélla el marido era un tirano, la mujer una esclava envilecida, el hijo una carga insoportable; en ésta todo era dulcificado

[1] Tom. IV, c. 1445. [2] Ad Laetam ep. 57. [3] Hom. 21 in Ep. ad Eph.

con la augusta y venerable autoridad del padre y con las tiernas caricias de la madre: la primera era regida y gobernada por las pasiones, la segunda por la virtud.

IV.

Con lo que hasta aquí llevamos dicho queda demostrado que el espíritu vivificador del cristianismo fué el que regeneró la familia, y que tanto mayores bienes adquirió la sociedad doméstica, cuanto más impregnada estuvo del espíritu cristiano. No ha perdido este espíritu su virtud vivificadora; y si hoy la familia se encuentra aquejada de graves dolencias, sin duda es porque olvida las máximas cristianas y se aleja de su origen divino. ¡Vuelva entonces sus miradas á Nazaret y se salvará!

Todos vemos la rapidez con que la familia moderna va olvidando los ejemplos que nos legaron nuestros padres y cómo va perdiendo aquella dignidad, grandeza y bienestar que el espíritu cristiano le había procurado. Sobre todo entre nosotros esta transformación se efectúa con asombrosa rapidez: entre las costumbres domésticas de nuestros padres y las presentes hay una diferencia inmensa. Á las costumbres sencillas y modestas han sucedido el lujo y la molicie; á la educación varonil y cristiana, la condescendencia que contemporiza con los caprichos y ciegas inclinaciones; á la armonía de ideas y sentimientos, la lucha engendrada por la diversidad de partidos y opiniones religiosas. ¿Dónde están aquellos padres solícitos y vigilantes que observaban y estudiaban las inclinaciones de sus hijos para dirigirlas desde temprano por buen camino, y que formaban sus corazones no sólo con sanas doctrinas sino ante todo con el ejemplo de una sólida virtud? ¿Dónde están aquellas madres verdaderamente cristianas que no atendían tanto al cuerpo como al alma de sus hijos y que con la leche sabían infundirles la piedad y el amor de Dios? ¿Dónde



aquellos hijos que no hallaban más viva alegría ni mayor placer que en dar á sus padres pruebas de cariño tan respetuoso como tierno? Estos caracteres, tan frecuentes antes entre nosotros, van hoy siendo raros.

Por el contrario, es frecuente ver padres que con proporcionar á sus hijos una instrucción científica cualquiera, aunque con el nombre de ciencia vayan á veces mezclados funestos errores, creen ya cumplida la sagrada misión que Dios les ha confiado; que descuidan la formación del corazón; que con su misma indiferencia religiosa van helando, tal vez sin quererlo, los tiernos corazones de sus hijos: madres que no ponen reparo alguno á los entretenimientos y pasatiempos llenos de peligros para la virtud; que contribuyen con un mal entendido amor materno á desarrollar en sus hijas un espíritu vano, frívolo, que aparta de Dios: hijos que no ansían sino por la libertad é independencia y para quienes es pesado é insoportable el yugo paterno; que desoyen la cariñosa voz de sus padres y que huyen del hogar doméstico como de un lugar triste y melancólico. Así se va relajando la autoridad paterna y comienza la desunión primero y luego la disolución y ruina de la sociedad doméstica.

Es necesario pues volver á las antiguas prácticas cristianas, si queremos que la felicidad reine en las familias. Nuestros padres poseían el secreto de esta vida impregnada de piedad en que la religión tenía su lugar en todo. La mañana era santificada con la santa Misa, oída por la suerte de los hijos. La comida iba siempre acompañada por las bendiciones de gratitud al Autor de todo bien, recitando el jefe de la familia las preces que lo elevaban á la altura de sacerdote doméstico. La oración, que es en el orden espiritual lo que la respiración en el orden de la vida natural, animaba todos los movimientos del día. Esta práctica era tan sagrada, que se habría creído faltar á un deber esencial

omitiéndola. Cuando al caer de la tarde resonaba el bronce sagrado en la altura del campanario de la aldea, terminados los trabajos del día, toda la familia se reunía bajo el techo paterno y, tomada la frugal comida, se leía algún libro de piedad ó de vidas edificantes y ejemplares. Antes de ir á acostarse, el padre y la madre llamaban á sus hijos y á sus domésticos y todos juntos, arrodillados delante de la imagen del Salvador y de la Santísima Virgen, daban gracias á Dios en una oración común por los beneficios recibidos durante el día é invocaban su protección en la noche que empezaba, sin omitir jamás las tiernas alabanzas del Rosario en honor de la Virgen que dió al mundo al Verbo hecho carne. En seguida y después del grato cambio de las muestras del respeto y del amor filial con las bendiciones paternales, se entregaban á un dulce sueño favorecido por una conciencia pura á la que no turbaba ningún penoso remordimiento.

¡Admirable y encantador espectáculo, bien propio para mover el corazón de Dios y hacer descender sobre toda una casa las gracias del cielo!

¡Qué fuerte y saludable influencia ejercían estas costumbres venerables sobre el alma y sobre las costumbres del joven! Enseñando el padre con su ejemplo á adorar á Dios y á respetarle, enseñaba á la vez á sus hijos cómo debían respetar y amar al autor de sus días. ¡Con qué veneración no era mirada la autoridad paternal, santa dignidad que el hijo no podía desconocer y mucho menos ultrajar, sin incurrir, con la maldición del cielo, en el desprecio y la indignación de la tierra!

Pero hoy día la educación cristiana en la familia, no nos cansaremos de decirlo, se encuentra descuidada, y esta educación interior, la única que ejerce una acción fuerte y durable sobre el corazón, es casi nula. La familia parece haber repudiado esta obligación sagrada que ella sola es



capaz de llenar. Los cuidados físicos son prodigados al niño con una delicadeza excesiva que enerva su alma y que no pocas veces daña al vigor del cuerpo; pero ¿quién piensa, quién se ocupa seriamente en formar al cristiano? ¿Cuántos son los hijos que ven á su padre arrodillado delante de su Criador? ¿Dónde se aprende hoy á conocer los sagrados deberes de la religión? Por esto es que el joven entra en la sociedad sin fuerzas para resistir á la impetuosidad de las pasiones, arrastrado por las seducciones del mundo, como si se le arrojara al través de las tempestades del océano en la ligera navecilla en que acostumbraba pasearse en días de verano por un lago encantador.

Es menester, pues, que de nuevo la familia se acerque á su fuente y que beba allí aquellas mismas aguas que en otro tiempo la regeneraron; es menester que de nuevo sea animada y vivificada por el espíritu cristiano; es menester que dirija sus miradas á Nazaret y contemple allí la familia modelo y la admire, la venere y la imite. «No se puede concebir, dice el Padre Santo, nada más eficaz ni más saludable para las familias cristianas que proponerles el ejemplo de la Santa Familia que encierra la perfección y el complemento de todas las virtudes domésticas.»

Imitando esta Santa Familia, conocerán los padres sus deberes cristianos y aprenderán á cumplirlos; sabrán que la mejor herencia que podrán dejar á sus hijos es la virtud; que educar los hijos es, como dice San Carlos Borromeo, llevarlos á Dios: *Educare est ad Christum ducere filios,* y que para ello no basta la doctrina, ni la ciencia, sino que es necesaria la vigilancia continua y el buen ejemplo. Imitando esta Familia, reinarán en la sociedad doméstica la verdadera unión, la paz y la alegría; dominará los corazones la caridad; y las prácticas piadosas, hechas en común, estrecharán más y harán más dulces y suaves las relaciones entre los padres y los hijos. Imitando esta Santa Familia,

desaparecerán las costumbres mundanas, los divertimientos peligrosos, los adornos contrarios á la modestia, el lujo excesivo, y de nuevo aparecerán las costumbres cristianas, sencillas, francas, modestas, conformes en todo con las severas reglas de la moral.

«¡Que Jesús, María y José, terminaremos con el Padre Santo, invocados en el hogar doméstico nos sean propicios, que fomenten la caridad, que moderen las costumbres, que con su ejemplo exciten los corazones á la virtud, que dulcifiquen y hagan más llevaderas las miserias que por todas partes padecen los hombres!»

Como consecuencia de cuanto llevamos dicho, excitamos el reconocido celo de nuestros amados cooperadores en el sagrado ministerio, á fin de que trabajen afanosamente por que las familias vuelvan á la vida cristiana, lo que se conseguirá, sin duda, introduciendo en todos los hogares la bella asociación de la Santa Familia en la forma aprobada y recomendada por nuestro Santísimo Padre en las letras apostólicas que con gusto publicamos. En ella se encuentra además el reglamento por que debe regirse esta asociación que ya se ha establecido en algunas iglesias nuestras con brillante y consolador resultado.

La presente Pastoral será leída á los fieles en todas las iglesias, capillas y oratorios en la misa que se celebre el primer domingo después de su recepción.

Dado en Santiago de Chile á ocho de diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción de la Virgen Santísima, del año mil ochocientos noventa y cuatro.

MARIANO,
Arzobispo de Santiago.

Por mandado de Su Señoría Ilma. y Rma.

MANUEL ANTONIO ROMÁN,
Secretario.

---

# EDICTO
## DE CONVOCACIÓN DEL SÍNODO DIOCESANO.

NOS, MARIANO CASANOVA, etc.

*Á nuestros venerables y amados hermanos las dignidades, canónigos, vicarios foráneos, párrocos y sacerdotes de nuestra arquidiócesis, gracia y paz en Jesucristo Señor nuestro.*

UNO de nuestros primeros pensamientos al hacernos cargo de esta vasta diócesis fué el conocer personalmente las más premiosas necesidades de la grey que el Señor nos confiaba, para intentar remediarlas eficazmente. Con este fin, y confiando en los auxilios del cielo, á los pocos días de nuestra consagración emprendimos la visita general de todas las parroquias y os anunciamos que, una vez terminada, procederíamos á convocar la celebración del sínodo diocesano, el que, en fuerza de poderosas razones, no se había verificado desde el año 1763. Para llevar á cabo tan ardua empresa, nombramos una comisión compuesta de los eclesiásticos seculares y regulares más competentes, para que nos auxiliara con sus luces y experiencia y preparara los trabajos necesarios; los que han sido terminados felizmente.

Parece, pues, llegado el momento deseado de reunir al rededor de nuestra cátedra episcopal á nuestros muy amados hermanos y cooperadores en el sagrado ministerio, para ocuparnos en estudiar y remediar las necesidades de la grey y á la vez renovar nuestro espíritu con la oración y el